

milia arribista y asolada por la desventura, Efraín Wilson, hijo natural de Jacobo Lerner, se inicia en una vida timorata y cruel sin conocer nunca a su padre. Asediado por sueños horribles en los que se ve arrastrado a un pozo "repleto de judíos que también son parecidos a los diablos" y por una sexualidad precoz y candorosa, vive, mientras se sumerge cada vez más en un mundito poblado por animales y fantasías que giran alrededor de la imagen del padre desconocido que está a punto de heredarle una fortuna modesta fruto de años de trabajo y del comercio de la carne).

La habilidad narrativa de Goldemberg va al parejo del formidable mundo que es capaz de revelar, el mundo en gestación eterna de la diáspora que en su necesidad de identificarse con la intermediación cultural debe conservar aquello que la identifique con su origen y su sentido. Lo que resulta es un mundo plagado de mitologías lentamente fraguadas por ellos y por los cristianos en sus mutuas asechanzas donde se cocina el prejuicio y el lugar común. Así los programas culturales de la comunidad israelita invariablemente incluyen canciones o pequeñas escenificaciones tituladas "La historia de Marya Kalish, una joven judía perseguida por los sicarios del Czar" que siempre rematan, en el programa, con la frase: "¡NATURALICÉSE PERUANO!", o bien canciones como "Wi is main Kind?". Ese conflicto, que en las páginas de "Alma Hebrea", tiene su dimensión humorística y casi disparatada, tiene, en la figura de Jacobo Lerner, su dimensión trágica: es un personaje extraordinario que en sus avatares, su esencial descarrío, su desarraigo compulsivo sostiene una fidelidad amarga a insegura al instinto que lo preserva en su desubicación.

(Entre 1922 y 1935 la creciente comunidad israelita del Perú funda una revista, "Alma Hebrea", y el "Círculo Cultural Israelita", pruebas manifiestas de su creciente importancia y arraigo dentro de la vida mercantil y cultural de su "segunda patria". En la revista dedican secciones a los antedentes judíos en el país, anuncian películas donde Al Jolson cantará canciones judías, ofrecen nociones de higiene que van desde la acidez estomacal a la acidia moral, denuncian a mercaderes antisemitas y analizan el fortalecimiento del nazismo en Alemania, o publican cartas como la del importante intelectual peruano en la que se invita a los judíos a unirse a los indios para lograr "al hombre nuevo").

Jacobo Lerner, equívoco, rebelde, herético, errante, preserva para sí la circunstancia solitaria y atávica del eterno inubicado. Asediado en el recuerdo por el pogrom y amenazado en el presente por otros nuevos asedios se afianza en él la nebulosa condición del desastre íntimamente asumido de la desubicación. Antes de morir convoca la frágil figura de su vástago cuando ya es demasiado tarde, tan tarde como cuando, a su vez, él fue convocado por el suyo. Palestina es una abstracción donde "Alma Hebrea" le dice que está "el hombre del mañana levantando su poema al surco", Rusia o Alemania existen sólo en función del dolor que le causaron y donde se pudre la flor etérea de la infancia y su condición de tratante de blancas lo hace extraño a los judíos exitosos de la colonia sumergidos en la competencia banal. En su lecho de muerte atina sólo a dictar una herencia irónica y a percibir el rumor sordo de su claudicación ante el sueño siempre pospuesto y siempre recurrente: verse, como un patriarca del Génesis, lleno de hijos y riquezas en la tierra prometida que, en la realidad apenas se le dio a plazos. Goldemberg es un autor joven (33 años) que puede colaborar enormemente a certificar el diagnóstico que hiciera Rodríguez Monegal sobre la nueva novela: "no sólo está viva, sino que goza de buena salud".

Guillermo Sheridan

* Goldemberg, Isaac, *La vida a plazos de don Jacobo Lerner*, LIBRE I (uno) editores, Lima, 1978.

Ahorra las palabras

La terquedad, además de ser un elemento decisivo en la transformación del mono en hombre, también ha servido como punto de partida para convertir al hombre en escritor. Resulta por demás sorprendente, si no es que prácticamente aterrador, comprobar cómo, en medio de la barbarie en que vivimos inmersos, nunca faltan seres tercios y caprichosos que, a pesar de la catástrofe tranquila en que suelen moverse, se niegan a ver las cosas tal como son (o como el poder de la costumbre quiere que las veamos) y se empeñan en convertirlas en palabras (hormigas vagabundas e incendiarias), velarlas con palabras o, mejor dicho, en tratar de contar las cosas de otra manera. Como prueba de ello tenemos el

libro *Ahora las palabras*, segundo volumen de cuentos que publica el Taller de Cuento de la revista *Punto de Partida*, donde se reúnen los trabajos de siete aprendices de escritor: María Elena Azpíroz (México, D.F., 1957), Roberto Bravo (Veracruz, Ver., 1950), Diego Cornejo (Tepito, D.F., 1954), Gustavo Masso (México, D.F., 1952), María Matienzo (Puebla, se niega a dar su edad), Blanca Luz Varela (Teoloyucan, Edo. de México, 1956) y Jaime Vázquez (México, D.F., 1956).

Ya su predecesor, *Zepelín compartido* (que reunía los cuentos primerizos de otros siete jóvenes prospectos de narrador), nos había permitido conocer lo heterogéneos y desiguales que suelen ser los productos salidos de un taller literario. Esta nueva publicación en poco hace variar nuestra opinión al respecto: no todo lo que sale de un Taller es literatura. Es evidente que *Ahora las palabras* solamente quiere ser un punto de partida: el primer combate formal que estos jóvenes sostienen con las palabras; pero los resultados nos hacen pensar que no estaría mal si algunos de ellos lo considerasen como un punto final... Las cosas no están como para andarnos con cuentos; si la literatura todavía puede tener alguna razón para existir o sobrevivir en una sociedad como la nuestra —donde casi el 40 por ciento de la población ni siquiera sabe leer y escribir—, no es obligatorio que todos los que tienen ganas de escribir se conviertan en escritores. Es un hecho comprobado que en México, hacen más falta los buenos lectores que los relativamente muchos escritores que deambulan por todas partes.

Escribir un cuento, de principio se presenta como una tarea más o menos fácil: basta con tener una buena idea y convertirla en palabras sobre una hoja de papel. Pero ésta es también la trampa del género, en realidad un cuento es el lugar donde la escritura debe alcanzar su máxima perfección. El terreno del cuento no es tan seguro como muchos suponen, al contrario, la brevedad y la claridad que le deben ser inherentes pueden convertirlo en un peligroso pantano. Los autores de *Ahora las palabras* aparentan conocer el lugar donde se mueven ("son serios y trabajadores", asegura Miguel Donoso Pareja, encargado de redactar la Nota introductoria del volumen); pero, por desgracia, tal parece que sólo conocen el lugar a través de mapas y/o fotografías; pues, una vez que se internan en él, la mayoría se pierde y termina ahogándose en sus propias palabras.

De los treinta y ocho textos que estos siete jóvenes aprendices nos entregan, sólo nueve valen la pena de considerarse como cuentos y ser rescatados del olvido; y únicamente tres de los fogosos escritores demuestran tener talento y oficio para seguir adelante en su aventura con las letras; lo demás no pasa de ser llamarada de petate o mero ruido... De hecho el libro, tomado en su conjunto, es demasiado malo y bastante desalentador, por lo que intentar la reseña total de *Ahora las palabras* sería demasiado tedioso, e implicaría tener que agregar más ruido al ruido; esta reseña se conformará con tomar en cuenta sólo lo que vale la pena de ser leído...

Comenzaremos por Roberto Bravo, quien aporta ocho cuentos al volumen, de los cuales sólo dos nos permiten sospechar que Bravo tiene algo importante que decir, ellos son: *Día tras día* y *La clase de historia*. En ambos el narrador, sin apartarse ni un ápice de lo que es considerado como "la realidad", establece un interesante juego con los diversos elementos que la integran, para conseguir presentarnos una visión lúcida e irónica, decididamente crítica de las condiciones infraculturales en que se ven obligados a vivir la mayoría de nuestros compatriotas. *La clase de historia* es una magnífica narración donde un grupo de teporochos se reúne para emborracharse, mientras uno de ellos, "el que sabe mucho", se dedica a contarles, muy a su manera, absolutamente alejado de todo lo que enseñan los libros de Historia, la forma en que Lenin venció a los soldados del Zar. Este cuento pudo haber sido una pequeña obra maestra, desgraciadamente pierde mucha de su fuerza por culpa de la confusa y no más idónea técnica narrativa que su autor eligió para desarrollarlo.

El siguiente aprendiz de narrador que vale la pena tomar en serio es Gustavo Masso. Utilizando las técnicas y el lenguaje de eso que ha dado llamarse "literatura de la onda", Masso nos entrega cinco cuentos, tres de los cuales logran superar las limitaciones implícitas a este tipo de escritura: *Sin querer queriendo*, *La madrugada de los abortados* y *Aquí nomás de hablador*. Inmediatamente en estos textos se hace patente el indudable talento narrativo de Masso; sus cuentos, ya desde las primeras líneas, nos comunican su preocupación por entender y desentrañar esa pesadilla que es la vida cotidiana; quizá su único defecto consiste en la facilidad con que Masso cae en un maniqueísmo molesto, defecto principal de toda escritura que de



principio se quiere comprometida con las clases oprimidas. De cualquier modo hay momentos en los que Masso consigue, también valiéndose de la ironía, crear situaciones y ambientes donde las palabras dejan de ocultar lo que está ocurriendo ahora mismo en cualquier lugar.

La violencia es el elemento distintivo y determinante en la escritura de Gustavo Masso; ya sea en forma de pseudo liberador y purificadora bronca entre borrachos (*La madrugada de los abortados*), o en forma de contraproducente arenga revolucionaria (*Sin querer queriendo*), o como aparente crimen gratuito (*Aquí nomás de hablador*); no cabe duda de que estos textos quieren hacernos partícipes, cómplices de esa terrible catástrofe tranquila en la que estamos atrapados.

Jaime Vázquez es, sin lugar a dudas, el único "aprendiz" que ya puede comenzar a ser considerado como maestro. Los cinco cuentos con que participa en el volumen son los más consistentes y mejor logrados; en todos demuestra un gran dominio del lenguaje y la anécdota, y ninguno cae en los errores y defectos que aparecen en los textos de sus compañeros de taller. Vázquez ya no está aprendiendo (en el sentido más académico y despectivo del término) ni experimentando (en el sentido más sin sentido del término) con la literatura; sus trabajos transparentan su verdadero dominio del oficio, donde el aprender y el experimentar dejan de ser muletas de paralítico, para convertirse en voluntad de producir literatura. Pero que esto no sirva como rama de laurel sobre la frente de este joven narrador, sino como advertencia del (ahora sí) terrible y serio trabajo que le espera para poder llegar hasta donde, al menos estos cinco cuentos, nos permiten su-

poner que podrá llegar en su trabajo con las palabras. Los títulos de los textos de Jaime Vázquez, incluidos en *Ahora las palabras*, son: *Por la ventana*, *Reina*, *Samo el fantástico*, *Vuelta al volante* y *Aline*. Tal vez el más endeble sea este último, los demás son probablemente lo mejor que incluye el libro.

Vázquez es quien mejor sabe aprovechar la influencia de sus autores favoritos, que en él ya no se reduce a mero plagio, sino que adquiere la calidad de recreación y revaloración de dichas influencias. En ningún momento se le notan dudas o inseguridades al escribir, lo cual demuestra que los cuentos de Jaime Vázquez, atendiendo a los consejos del maestro Julio Cortázar, condensan "la obsesión de la alimaña, son una presencia alucinante que se instala desde las primeras frases para fascinar al lector, hacerle perder contacto con la desvaída realidad que lo rodea, arrasarlo a una sumersión más intensa y avasalladora. De un cuento así se sale como de un acto de amor, agotado y fuera del mundo circundante, al que se vuelve poco a poco con una mirada de sorpresa, de lento reconocimiento, muchas veces de alivio y tantas otras de resignación". En fin, Jaime Vázquez demuestra ser lo suficientemente terco como para no dejar de maravillarse con esa hipnotizante atracción que le provocan las palabras.

Ahora las palabras debe ser considerado un mal libro, no importa si sus autores son serios y trabajadores, lo cierto es que sus cuentos dejan mucho que desear; no contienen el mínimo de calidad necesaria —excepción hecha de los trabajos antes mencionados— para ser considerados como literatura; la mayoría se queda en meros ejercicios de principiantes, escritura en la que las palabras no alcanzan a superar esa imprecisa barrera que separa a la literatura de los bocetos y proyectos de obra literaria. De cualquier modo, no está mal que se publique este tipo de libros, a condición de que sus autores estén dispuestos a considerarlos como posible punto final para su carrera literaria. Lo que sería deseable es que este tipo de publicaciones tuviese un tiraje mayor y una mejor distribución entre el público lector, que es, al fin de cuentas, quien decide qué será olvidado y qué permanecerá.

Salvador Mendiola

* Azpiroz, Bravo, et. al., *Ahora las palabras*, Ediciones de la revista *Punto de Partida*; UNAM, 1978, 111 pp.